

(01Xt-01)

## En la final del Mundial

Cuando Sebastián Matute llegó al hotel de Johannesburgo se le cayó el alma al suelo. El vuelo había ido muy bien, aunque no pudo dormir en toda la noche por culpa del nerviosismo y de las turbulencias. Tenía a resguardo la entrada para ver el partido de la final del mundial entre Holanda y España. Sus intenciones eran dormir unas cuantas horas en el hotel contratado al efecto y así estar como una rosa tres horas antes del partido, en que pensaba deambular por los alrededores del estadio, entrar en contacto con otros miembros de la afición española y acudir al campo para presenciar el mayor acontecimiento histórico de los últimos tiempos. Esas fueron exactamente sus palabras cuando tres días antes le había dicho en la cama a su mujer —tras una opípara cena en un selecto restaurante de Mospintoles— que lo que más deseaba en el mundo en ese momento era ir a Sudáfrica para apoyar a la selección española de fútbol.

»—¿Apoyar? ¿Tú qué vas a apoyar si ya ni sabes apoyarme a mí?

»—Mujer, un gatillazo lo tiene cualquiera...

»—Sí, pero tus hazañas se remontan a cuando Zarra marcó aquel famoso gol a Inglaterra en no sé qué mundial de la pelotita dichosa...

»—Anda ya, *exagerá*...

»—Mira, Sebas... Lo nuestro funciona a medias. En la cama es un desastre, en los negocios va de maravilla y en el hogar, dulce hogar, va con un vulgar aprobado. De modo que haz la media aritmética y ya me dirás, un cinco raspado tirando para insuficiente.

»—Joder, María, pareces don Faustino con tanta nota y tanta leche...

»—Seguro que el profe, a sus años, funciona mejor que tú...

»—María, no te pases, que lo que peor lleva un hombre es que pongan en duda su virilidad...

»—Dejémoslo, Sebas. Quizás me he pasado bebiendo vino en la cena y ahora no sé ni lo que digo. Pero reconoce que llevamos un par de años en que lo nuestro en la cama no funciona. Seguramente por culpa de los dos, no te lo discuto pero, además de hablarlo, debemos poner los medios antes de que sea demasiado tarde.

»—Te lo prometo, María, pero un buen momento para ello sería en un bello hotelito de Johannesburgo tras ver en directo a la selección de Del Bosque meterle cuatro a los chicos de los tulipanes...

»—No, Sebas. A ver si te enteras que tus excesos futboleros tienen algo que ver con tus gatillazos. Y a ver si te enteras que a primeros de agosto tenemos programado un viaje a Londres y París para descansar y que el Sergio se dé un baño de ingleses y franceses a ver si se le pega algo de sus idiomas respectivos.

»—No se me había olvidado el dichoso viajecito. Los dos y el niño durmiendo en la misma habitación. Por la crisis. ¿Así como vamos a arreglar lo nuestro?

»—Mira, vete mañana a una agencia de viajes y embárcate para Sudáfrica. Pero conmigo no cuentes. Ya sólo me faltaba estar 11 horas metida en un avión para ir a ver un partido de fútbol que lo van a echar en la televisión con todo lujo de detalles...

»—Pero es histórico, María... Y no es lo mismo...

»—No pienso perder el tiempo refutando tus vulgares topicazos. Pero una cosa sí te digo: los tres mil euros que te va a costar la broma los sacas de tu propia cuenta. Buenas noches, gatito mío...

Ahora que Matute había conseguido la primera parte de su gran sueño, estar en la misma ciudad en que dentro de unas horas su equipo nacional disputaría por primera vez la final de un mundial de fútbol, un agrio sabor le vino a la boca al contemplar la fachada del hotel que la agencia de viajes le había contratado para echarse un sueñecito antes del partido. Tan agrio sabor que se quedó diez minutos pensando si entrar o no mientras le venían a la mente aquellos primeros instantes en que pretendió que María, su mujer, le acompañase.

—Menos mal que no ha *veníó* porque si ve lo que yo estoy viendo monta un cirio de no te menees... Bueno, no pensarás, Sebas, estar aquí toda la mañana delante de este caserón a punto de caerse... ¿No querías emociones fuertes? Pues aquí tienes las primeras...

Por fin Sebastián Matute se decidió a entrar en el hotel. Cuando penetró en el vestíbulo vio una gran bandera española presidiendo las cuatro butacas cochambrosas que había en una esquina, cerca de la barra de un presunto bar. —¡Madre del amor hermoso, a qué mierda de hotel me han *enviaó!* Ya me parecía a mí que el precio de la estancia era muy barato aunque sólo fuese para echar una cabezadita...

En un inglés macarrónico, el Sebas a duras penas logró entenderse con un negro más alto que un armario que había salido a recibirle con una blanca y sincera sonrisa. Por fin, aquel tipo le dio una llave y un tarjetón. Habitación 615.

—Cuatro sero, señor. Gana Spain. Verigüel...

—Eso mismo digo yo. Y digo yo, ¿no había una habitación disponible en las primeras plantas? Como esto se caiga, desde el sexto piso, al Sebas no le encuentran ni los empastes...

—No entender, señor. Cuatro sero. Spain gana. Verigüel...

—Jodío, qué bien te tienes aprendida la lección... En fin, que no nos pase ná...

Sebastián Matute cogió su maleta de mano y se dirigió con semblante serio hacia donde suponía que estaba el ascensor.

—Ya sólo falta que no haya ascensor y tenga que subir a patita. Claro que como no me guste la habitación ni la cama regreso y monto el número... Sí, qué coño vas a montar tú si el negrazo este no entiende nada de español ni de inglés. Bueno, simpático sí que es..., cuatro a cero... dios le oiga... Pues —tocaba repetidamente el botón pero aquello parecía que no funcionaba— lo dicho, que sería mejor echar una cabezadita en un banco de la calle que en este antro,

aunque ya me avisaron los de la agencia que aquí la inseguridad ciudadana es grande y que en cuanto te descuidas te dejan más seco que la mojama. No, si tendré que subir seis pisos...

—Señor —el recepcionista acudió en ayuda del Sebas—, closed. Aquel no closed...

Un rayo de esperanza. Sebastián Matute caminó con paso decidido hacia el otro ascensor. Estaba abierto. Entró, apretó el botón número seis y en medio de un sonido casi aterrador contempló cómo era elevado muy lentamente en dirección a la última planta.

—Ya podía la FIFA haberse llevado el mundial a un país del primer mundo... Tras buscar detenidamente la 615, puso el llavín en el sitio exacto y logró entrar al habitáculo. A primera vista el cuarto no estaba mal: una cama, una mesita de noche y un sillón de los tiempos en que Mandela aún era un guerrillero. En un rincón, tras una cortina, comprobó que había un pequeño espejo, un lavabo agrietado con un grifo medio descolgado y un retrete.

—Podía haber sido peor —se dijo el Sebas mientras echaba los ojos al suelo y luego al techo deseando no encontrar ningún inquilino animal tipo mosca cojonera o cucaracha asquerosa. Se despojó del abrigo y entonces notó un gran escalofrío—. ¡Coño, aquí hace un frío que pela! Y no hay trazas de que haya por aquí una estufita. Maldita FIFA...

Volvió a ponerse el abrigo, cerrándolo a tope sobre su cuerpo serrano. Cogió el móvil y lo programó para que le despertase cuatro horas más tarde. Tendría tiempo de sobra para darse un garbeo por los alrededores del campo, pulsar el ambiente y hacer unas fotografías para enseñar luego a los amigos, ya de regreso en España. Se tumbó sobre la cama y en menos que se tarda en contar una, dos y tres, se quedó como un tronco y empezó a roncar. La noche anterior sin dormir le había dejado completamente agotado.

Cuatro horas más tarde el móvil le dio al Sebas el primer aviso pero nuestro hombre estaba tan profundamente dormido que ni lo oyó. Así ocurrió también poco después, en la repetición de la jugada. El tiempo siguió transcurriendo lenta pero inexorablemente hasta que le despertó una fuerte tiritona.

—Joder, estoy helado... Debe de faltar poco para que suene el móvil...

Cuando comprobó lo que marcaba se llevó desesperadamente las manos a la cabeza. ¡Sólo quedaba una hora para que comenzase la final! "Menos mal – pensó- que esta mierda de hotel está a veinte minutos andando del campo donde se juega". Se lavó la cara rápidamente, se peinó y cogiendo el maletín de mano salió echando leches de la habitación. Dando grandes saltos, pronto llegó al ascensor que funcionaba. Allí estaba, abierto, esperándole...

—Coño, qué raro... Para mí que soy el único cliente del hotel... Bueno, quizás es que todos se han ido ya para el campo...

El ascensor se cerró y comenzó a bajar muy lentamente, con un aullido aún más estremecedor que el que había brindado al Sebas en la subida. Al cabo de unos diez segundos, se paró.

—Pues parece que no estoy solo...

Pero las puertas no se abrían. Nadie esperaba la llegada del ascensor. Nada se oía. Sólo el silencio más silencioso. Aquel trasto se había parado de golpe dejando de chirriar con aquel aullido insoportable.

—¡Me cago en la madre que lo parió! ¡No me digas que ahora se ha *estropeao* este bicho!

Nadie respondió a los lamentos de Sebastián Matute.

—¿Hay alguien ahí? ¡Por favor, este cacharro se ha parado!

Nadie, no había nadie.

—Para mí que el negrazo ese ha *cerrao* el hotel y se ha ido a ver el partido...

Joder, ¿y ahora qué hago? Mantén la calma, Sebas, mantén la calma. Como aquella vez en que un trozo de carne se fue por el camino *equivocao* y estuviste a punto de palmarla. Pero, esto no puede estar ocurriéndome a mí..., a pocos minutos de que Xabi, Casillas y Villa salten al terreno de juego... y yo aquí, tras pagar tres mil euros, sin poder salir de esta... ¡mierda de ascensor!

Respiró profundo. A nada conduciría la desesperación ni el nerviosismo. Pero pronto acudieron negros presagios...

—¿Y si acaba el partido y todo sigue como ahora? ¿Y si tengo que pasar la noche aquí, encerrado, muerto de frío? Mañana la señora de la limpieza me encontrará *agarrotao*, sin aire, echo mierda... Sebas, tranquilo, por favor..., piensa un poco, razona... Vas bien abrigado y si es necesario abres el maletín y te pones encima la ropa que llevas. Por aquí corre un biruji, un vientecillo que viene de arriba... señal de que este puto ascensor tiene más agujeros que un colador. No te faltará el aire... ¿Y comida? En el maletín llevo dos bocatas de jamón y dos de chorizo. No hay problema por eso. Agua, sí, ah creo recordar que compré una botella tras pasar el control de equipajes aquí... No te vas a morir, Sebas, ni de frío ni de hambre ni de sed. Pero... ¡te vas a perder la final, Sebas! Tú máxima ilusión, por lo que has soñado semanas, meses, años enteros... desde que eras un chaval... No me lo merezco, no merezco este ruin castigo, señor... ¡Me cago en diez, maldita sea la hora en que se me ocurrió venir! Con lo a gustito que estaría ahora en casa, viendo con el Sergio y la María el partido, disfrutando con los goles de España... ¡España, España, España!, con un buen marisquito al lado y un buen ribeiro... Y... ya ves, aquí estoy, más sólo que la una, a punto de llorar de rabia y de impotencia, encerrado en un asqueroso ascensor de un asqueroso hotel... Y sin saber qué va a pasar dentro de unos minutos, cuando empiece el partido... A ver si la radio del móvil... No, tranquilo Sebas, lo puedes necesitar más tarde. A ver... me cago en once, si aquí dentro no hay ninguna cobertura... Llamaría a María, le contaría lo que me

ocurre y seguro que ella logra conectar con la embajada y vienen a socorrerme...

Entonces tuvo la idea de aporrear la cabina, dar furibundos golpes a ver si alguien los escuchaba y acudía a su llamada. Pasaron unos minutos pero no hubo reacción alguna. ¿Sería posible que el hotel estuviera sin ningún cliente? Pues sí, quizás todos los huéspedes estarían ya en el estadio...

—Joder... esto no lo cuento... a ver cómo le digo a María, al Sergio y a todo quisque que no he *podío* ver el partido porque me he *quedao encerrao* en el ascensor de la mierda de hotel... Lo malo es que tampoco voy a poder hacer fotos para luego mostrarlas al personal... Bueno, diré que me robaron la cámara en el mismo estadio. Pero, ¿qué hago aquí dentro, más *preocupao* por quedar bien ante mi gente y amigos que de salir de aquí sea como sea?

Volvió a aporrear el ascensor con todas sus fuerzas. Le pareció que se movía un poco, pero sólo fue un espejismo. Derrotado al fin, se acurrucó en el suelo, abrió el maletín y sacó los bocatas de jamón.

—Menos mal que no se me ha *quita*o el hambre... Es para echarse a llorar, Sebas. Aquí, al lado, a punto de empezar la final del Mundial con nuestros héroes dispuestos a comerse a esos tíos de naranja de los Países Bajos y yo sin poder verlos, después de hacer ocho mil kilómetros en avión. ¡Pero qué desgraciao eres, Sebas! ... No, *desgraciao* no, el mal farío que me acompaña no sé porqué... Si tengo un pedazo de mujer, un hijo la mar de cachondo, un negocio donde me van muy bien las cosas, muchos amigos y encima el Barça hace el mejor fútbol del mundo, ¿cómo voy a ser un *desgraciao*? Y ahora, con la mejor selección española de todos los tiempos... ahí al lado, a veinte minutos... y yo sin poder verla... —el Sebas no pudo evitarlo, unos fuertes lagrimones brotaron de sus ojos. Tras secárselos, una gran calma se apoderó de su espíritu. Empezó a darle bocados al primer bocadillo de jamón y deseó que aquel trozo de España que tenía entre manos le durase toda la vida. Entonces sacó también del maletín una bandera española y la extendió por el suelo—. ¡Menos mal que vamos a ganar por cuatro cuescos a cero!

Al cabo de una hora y media aproximadamente desde que se había quedado encerrado en aquel lúgubre ascensor, creyó oír voces. Saltó como un resorte y empezó a dar alocadamente golpes en las paredes gritando y pidiendo auxilio. Intuyendo que el negrazo de la recepción podía estar por allí cerca, no se le ocurrió otra forma de llamarle que repetir sus viejas palabras:

—¡Cuatro cero, señor! ¡Gana Spain! ¡Veriguel! ¡Cuatro cero! ¡Gana Spain!...

—¡Señor! —oyó de pronto tras las debiluchas paredes del ascensor—. Guan moment, tranqui colega...

El Sebas reconoció la voz y el tono. Entonces pegó un brinco de alegría que casi se cae de espaldas. ¡Por fin la divina providencia acudía en su auxilio! Tuvo que esperar diez minutos de infarto en que de vez en cuando golpeaba las paredes para recordar al negro que él todavía estaba vivo. Entonces comprobó cómo el

ascensor subía unos metros y las puertas se abrían. La bocanada de aire fresco que le llegó al rostro aumentó su inmensa alegría. Se fue directo a por aquel negrito tan simpático y risueño y le dio un abrazo que casi lo ahoga.

—¡Gracias, gracias! ¿Cómo va el partido?

—Cuatro sero, gana Spain...

—No, eso al final. Ahora, en este momento —y señalaba la hora que marcaba el móvil.

—Ah, cero cero, señor.

En menos que se tarda en contar una, dos y tres, el Sebas sacó la entrada de la final que tenía en un dobladillo interior del abrigo y se la mostró a su salvador.

—Todavía puedo llegar a tiempo de ver la segunda parte. ¡Gracias, gracias, gracias!

Salió tan rápido que no se dio cuenta que todavía tenía que bajar cuatro pisos de escaleras. Cuando ya casi se perdía de vista, su salvador le mostró en la distancia la bandera española que había dejado en el suelo del ascensor.

—¡Para ti, majete, para ti! ¡Un souvenir del Sebas y de Spain!